

## Nuevas fronteras y viejas miradas. La apertura del Atlántico en los relatos de viajes<sup>1</sup>

*New Frontiers and Old Gazes: The Opening Up of the Atlantic  
in Travel Stories*

Eduardo Aznar Vallejo  
Universidad de La Laguna  
Instituto Universitario de Estudios Medievales y Renacentistas  
<http://orcid.org/0000-0002-5725-3469>  
[eaznar@ull.edu.es](mailto:eaznar@ull.edu.es)

Recibido: 16-07-2017; Revisado: 22-10-2017; Aceptado: 31-10-2017

### Resumen

Nuestra investigación pretende contribuir a la fijación del concepto *frontera marítima*, analizando la percepción que los exploradores europeos tuvieron del Atlántico africano durante el siglo xv. Su título hace referencia a la relación dialéctica entre el *imaginario* de los protagonistas y las novedades a las que debieron enfrentarse.

**Palabras clave:** frontera, viajeros, alteridad, identidad.

### Abstract

This paper contributes to the concretization of the 'maritime border' concept, analysing the perceptions of European sailors towards the African Atlantic during the 15th century. The title refers to the dialectic relationship between the 'imaginary' of the explorers and the novelties they must have faced.

**Keywords:** Border, Travellers, Otherness, Identity.

---

<sup>1</sup> Este trabajo forma parte de los resultados del proyecto *Solidaridad y/o exclusión en las fronteras marítimas: Castilla en la Baja Edad Media (HAR2013-48433-C2-2-P)*.

## 1. INTRODUCCIÓN

El concepto «frontera» forma parte del *utillaje mental*, dado que intenta oponer la propia identidad a la alteridad de los otros. Por dicha razón es un elemento variable, pues conforme avanzan los procesos de fusión cultural, sean estos espontáneos o forzados, los elementos que sirven para delimitar a las poblaciones pierden valor. Los relatos de viaje al Atlántico tropical y ecuatorial muestran la caracterización de la frontera marítima desde la perspectiva física y cultural, así como su evolución temporal.

## 2. LA FRONTERA FÍSICA

El deseo de conocer e incorporar nuevos territorios chocó inicialmente con una serie de temores nacidos de los conceptos geográficos heredados de los clásicos y asumidos por el principio de autoridad. Tales miedos pueden resumirse en varias rúbricas. La primera la naturaleza del mar. El portulano Pizzigani contiene una leyenda, frente a las costas de la Península Ibérica, que afirma que más allá de ciertas estatuas el mar es pedregoso (DE LA RONCIERE, 1925-1927: 64-65). Tal indicación está ligada a la idea del hundimiento de la Atlántida, que dejó, en palabras del padre Las Casas, «todo el mar ciego y atollado, que no se pudo por muchos tiempos navegar» (LAS CASAS, 1986: 50). Todavía a fines del siglo xv, el viajero germano Nikolaus von Popplau habla de *Calis Malis*, ciudad construida en la costa andaluza entre Lepe y Sanlúcar de Barrameda, que vino a sustituir a la antigua *Antioquia*, hundida, 20 millas mar adentro, por sus pecados sodomíticos (LISKE, 1996: 41).

Otra de esas condiciones particulares era la existencia de regiones «anegadas». El mencionado Las Casas las relaciona con ciertas islas de las Indias, «por las cuales aquel compás no se puede navegar, y ha acaecido perderse allí muchos navíos»; y recuerda que, según Aristóteles, navíos de Cádiz, salidos al Océano y empujados por vientos subsolanos, «fueron a parar a ciertas regiones de la mar donde hallaron la mar cuajada de ovas y hierbas que parecían islas anegadas» (LAS CASAS, 1986: 51 y 57). Las referencias parecen apuntar al Mar de los Sargazos y, tal vez, al llamado Mar Verde.<sup>2</sup> Éste precedía, con una anchura de ochocientas leguas, al Mar Negro o Mar de las Tinieblas, donde «no se rremueven en el las hondas, nin corre por el ayre ninguno, ni parece en el sol ni claridad ninguna, nin es fallada en el ysla poblada nyn despoblada». También es denominado Mar Cuajado «porque el agua del non faze movimiento ninguno». Su agua es dulce y nadie conoce su medida.

A todos estos inconvenientes hay que sumar los «abismos del mar», situados por Isidoro de Sevilla más allá de las Hespérides y su autorizada opinión llega

---

<sup>2</sup> Las citas están tomadas de una *Geografía anónima* del siglo xv (SAL. Ms 2086). Ver en BEAUJOUAN (1962: 104-105), que la califica de obra redactada en castellano por un cristiano bajo influjo de un tratado islámico.

hasta ALONSO DE CARTAGENA (1994: 93). La navegación en el Océano encontraba aún otra dificultad. Se trataba de la aplicación a este ámbito de la teoría de los *climas*, según la cual la región *equinoccial o perusta* (calcinada) separaba las dos regiones templadas. En la Baja Edad Media el comienzo de la mencionada región tórrida se situaba en el entorno del Cabo Bojador, donde coincidía la dificultad de las corrientes con el temor a no encontrar bases de apoyo en el medio desértico. Y ello, a pesar de que dicho punto había sido sobrepasado por las navegaciones catalano-mallorquinas del siglo XIV y de que la información de las caravanas ofrecía detalles sobre la vida al sur del Sahara (MAUNY, 1961: 41 y ss.).

El primer hito en este esfuerzo fue la superación de Cabo de Num, atribuido a Gonçalo Velho. El cronista Diogo Gomes hace referencia a las fuertes corrientes que existían entre dos islas situadas al sur de dicho cabo (SINTRA, 2002: 51; LÓPEZ-CAÑETE QUILES, 1992), que Münzer compara con las de Cila y Caribdes en Sicilia (MÜNZER, 1958: 223). El Infante, «regocijado por esta victoria sobre las corrientes marinas» (MÜNZER, 1958: 224), promovió la exploración de las regiones al sur de dicho límite. Todos los años enviaba un navío con la misión de doblar el Cabo Bojador, pero sus capitanes, ocupados en asaltos y comercio de trueque, volvían con las embarcaciones llenas sin haber cumplido la misión primordial.

Las razones que explican el temor a traspasar este Cabo están perfectamente descritas en la crónica de Zurara. En ella, se recoge la argumentación de los marinos, que sostiene que: «más allá no hay gente ni poblado alguno; la tierra es tan arenosa como los desiertos de Libia, en donde no hay agua, ni árboles ni hierba verde; el mar es tan bajo que a una legua de la costa no hay más que una braza de profundidad, y las corrientes son tan fuertes que el barco que vaya más allá no podrá regresar jamás. Por eso nuestros antepasados nunca se arriesgaron a pasarlo. El conocimiento que tenían de allí era tan escaso que no supieron recogerlo en los mapas que rigen la navegación por todos los mares» (EANNES DE ZURARA, 2012: 133).<sup>3</sup>

La respuesta del infante don Enrique deja ver que sus hombres estaban amenazados «no sólo por el miedo sino también por su sombra» (EANNES DE ZURARA, 2012: 133), en clara alusión a las leyendas sobre la región. Por ello, amonestó a Gil Eanes en los siguientes términos: «en verdad estoy asombrado de cuanta imaginación ponéis todos en algo tan poco conocido, pues si al menos las cosas que cuentan tuvieran alguna autoridad, por poca que fuera no os haría tan gran agravio. Pero me estáis diciendo que seguís la opinión de cuatro marinos que, quitándolos de la ruta de Flandes o de algún otro puerto al que navegan frecuentemente, ni siquiera saben sostener la aguja o la carta de marear» (EANNES DE ZURARA, 2012: 134).

La reconvencción surtió efecto y tras pasar el cabo, Gil Eanes comprobó «que la situación era totalmente diferente a lo que él y los demás habían supuesto», por más que no hallase gente ni vestigio de población y hubiese de contentarse con recoger unas rosas de Santa María (EANNES DE ZURARA, 2012: 135). El siguiente viaje, capitaneado por Afonso Gonçalves Baldaia y Gil Eanes, descubrió rastros de hombres y de «camellos» (EANNES DE ZURARA, 2012: 135). Y un año después

<sup>3</sup> Idéntica opinión se encuentra en FERNANDES (1940: 39).

se confirmó que aquella tierra estaba habitada, lo que produjo gran alegría en don Enrique, quien se admiró de las redes confeccionadas por sus gentes (SINTRA, 2002: 55). Estos hechos marcaron el regreso de las comarcas meridionales a una realidad más próxima, al negar el carácter inhabitable de la región *perusta*, lo que no excluye una lectura maravillosa de su nueva personalidad.

La existencia de tales peligros está recogida en la literatura y en la cartografía de la Baja Edad Media mediante una serie de «avisos para navegantes». La mayoría de ellos están vinculados a las columnas, o mejor estatuas, de Hércules. En algunas representaciones, como en la de la carta Pizzigani, se muestra a un personaje con un mazo en la mano, posible trasunto del héroe luchando con la Hidra (De la Roncière 1925: 64-65); y en otras, como en la Carta Anónima Veneciana de 1430, se representan auténticas columnas.<sup>4</sup> Según Valentim Fernandes, estas figuras también se hallaron en tierra, desde Ceuta hasta Arcila (FERNANDES, 1940: 34).

A medida que los navegantes penetraban en el Atlántico las columnas avanzaban hacia el sur y se situaban en los límites de las tierras descubiertas. Diogo Gomes, al referirse a la expedición de Fernando Castro a Canarias, las coloca en el Cabo de Nun (SINTRA, 2002: 51). En cambio, el mapamundi de Fra Mauro (1459) indica que «he oído contar a mucha gente que aquí /en el golfo Etiópico frente al Cabo Verde/ existe una columna con una mano que muestra una inscripción que prohíbe ir más allá» (DE LA RONCIÈRE, 1925: 129). El desplazamiento de las imágenes también se produce hacia el interior del Océano. La citada carta Pizzigani de 1367 las sitúa en su límite occidental, a la altura de Madeira y cerca del topónimo *Oceanus Magno* (DE LA RONCIÈRE, 1925: 64-65). La carta anónima veneciana de 1430 insiste en esta localización, pues sitúa en pleno Atlántico la isla de Gades y sus columnas, rodeada de las islas de Colombi, Brasil, Lobos, Porto Santo y Legnami (RANDLES, 1989: 9).

La superación del Cabo Bojador no supuso el final de las dificultades, pues el litoral ofrecía muy pocas posibilidades para abastecerse de agua y alimentos. Además, la costa era muy baja por lo que sólo se podía navegar de día, con pleamar y con la sonda en la mano (FERNANDES, 1940: 41).

Tras pasar la zona desértica y llegar a Cabo Verde, las dificultades persistieron. En primer lugar, las vinculadas a las fuertes corrientes. De modo general, Münzer señala la diferencia entre viajar hacia Guinea y regresar desde este punto, pues según él, se avanza más en un día hacia el sur que en diez hacia el norte (MÜNZER, 1958: 242). E indica que, a causa del sentido descendente del mar, era necesario anclar los navíos que retornaban, so pena de retroceder entre 15 y 20 millas. Diogo Gomes, por su parte, analiza su fuerza en el Río Grande (SINTRA, 2002: 71). Al romper en la costa, tanto en pleamar como en bajamar, destrozaban las anclas, con el consiguiente recelo de las tripulaciones a proseguir viaje más al sur. En la misma línea, Ca da Mosto se asombra de las mareas en el Cabo Rojo, que tardan cuatro horas en subir y ocho en descender, en lugar de emplear seis en ambas acciones como sucede en todos los lugares donde navegan los cristianos.<sup>5</sup>

4 Museo Correr, Venecia, port. 38. Reproducido por RANDLES (1989).

5 De la obra de Ca da Mosto existen diversas ediciones, de las que destacamos las de PERES Y FRANCO MACHADO (1994) y VERRIER (1994). Como los textos que se citan corresponden a la que preparo en unión de D. Corbella y A. Tejera, se hace referencia a los capítulos, para su búsqueda en otras anteriores.

El resultado era una pleamar extraordinariamente fuerte que no permitía retener los navíos ni con tres anclas y que creaba tal corriente que vencía la marcha de las embarcaciones a toda vela. Y otro tanto hace Pereira Pacheco respecto del Río Grande, en cuyo interior las aguas pueden subir súbitamente 12 o 15 brazas, poniendo en gravísimo peligro a los navíos (PEREIRA, 1991: 279 y 618).

El desconocimiento de las costas obligaba a tomar medidas de precaución. Por ejemplo, levar anclas con la salida del sol y echarlas antes de la puesta, manteniéndose a cuatro o cinco millas de la costa.<sup>6</sup> Como medida suplementaria se navegaba a menor velocidad,<sup>7</sup> se colocaban vigías a proa y en los mástiles para avisar de rocas o de bancos de arena<sup>8</sup> o se enviaban por delante bateles y embarcaciones pequeñas que sondasen los fondos<sup>9</sup>. Y otro tanto sucedía cuando se navegaba en el interior de los ríos.<sup>10</sup> Sin embargo, tales dificultades irán disminuyendo conforme se generalice la navegación en estas regiones y se confeccionen derroteros que señalen los peligros y la manera de salvarlos. Buena muestra de ello son las indicaciones contenidas en el *Esmeraldo de Situ Orbis*.

Las dificultades en la navegación se veían acrecentadas por la necesidad de reparar los navíos más a menudo, pues se veían afectados, además de por las contingencias habituales de la mar, por la calidez de las aguas, que llenaban sus cascos de parásitos (MÜNZER, 1958: 243).<sup>11</sup> Esto obligaba a improvisar astilleros. Así lo hizo Antao Gonçalves, «como si estuviera ante el puerto de Lisboa y muchos estaban asombrados de tamaña osadía» (EANNES DE ZURARA, 2012: 145).

Usodimare y Ca da Mosto aportan un nuevo elemento a la caracterización de la frontera física, al suscitar los problemas de orientación. El primero manifestó a sus asociados que no había pasado de Gambia pues «si hubiera navegado un día más hubiera perdido la estrella polar» (BRASIO, 1958: 381-383). Y el segundo, al describir la Cruz del Sur, señala que no pudo ver la estrella principal de esta constelación por miedo a perder la *tramontana* (estrella polar).<sup>12</sup>

Otra barrera era el medio natural, tanto en sus factores abióticos como bióticos. En el primer caso, los cronistas europeos citan el clima como elemento disuasorio fundamental. El del Sahara se caracteriza por las condiciones propias

En este caso: *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del lugar nombrado Cabo Rojo y la razón de que se denomine así; del río de Santa Ana, del de Santo Domingo y de otro gran río. De las mareas altas y bajas de aquella región».

6 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del río de los barbacini y de cómo fue asesinado un trujamán que habían mandado a tierra para informarse del país».

7 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Cómo se descubrieron algunos ríos; del río Casamansa y de su señor, así como la distancia que hay entre éste y el río Gambia».

8 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del río de los barbacini y de cómo fue asesinado un trujamán que habían mandado a tierra para informarse del país» y «Cómo se descubrieron algunos ríos; del río Casamansa y de su señor, así como la distancia que hay entre éste y el río Gambia».

9 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Cómo más adelante nos encontramos con tres almadías de negros, que no quisieron parlamentar, y cómo se construyen esas almadías».

10 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De un lugar llamado Las dos Palmas y por qué nombramos a otra isla San Andrés; del rey Rorosangoli y del señor Battimansa».

11 Münzer vio los navíos afectados en el puerto de Lisboa y le aseguraron que los mismos no resistían más de 3 o 4 viajes.

12 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «A qué altitud se divisa nuestra tramontana y las seis estrellas del polo antártico...».

del desierto. Ca da Mosto las resume así: «esta parte del desierto es muy calurosa y en ella escasea el agua. Por las altas temperaturas y la falta de agua, el país es seco y estéril; no llueve sino tres meses al año, en agosto, septiembre y octubre».<sup>13</sup> Tales condiciones inducían al nomadismo obligando a trayectos de hasta 15 o 20 jornadas en búsqueda del agua que se escondía bajo inmensas piedras (FERNANDES, 1940: 47-48). La escasa vegetación (compuesta de pastos ocasionales en las vaguadas, arbustos del tipo higueras del infierno o espinos, y algunas palmeras) se veía amenazada por las plagas de langosta, certeramente descritas por Ca da Mosto.<sup>14</sup> La situación se veía agravada por las tormentas de arena, que se sucedían de febrero a mayo, obligando a personas y animales a emigrar hacia las zonas de Guinea (FERNANDES, 1940: 60). Estas condiciones climáticas ocasionaban enfermedad y muerte entre alárabes y azanegas, que las combatían con la ingesta de sal.<sup>15</sup>

En Guinea, la frontera climática se caracterizaba, aparte de por el calor,<sup>16</sup> por la humedad. Münzer se hace eco de las numerosas y fuertes tormentas (MÜNZER, 1958: 243-244). Según este autor, lo peor de ellas era la lluvia, caliente y fétida, que estropeaba los vestidos si no se lavaban. Las mismas se concentraban en julio, agosto y septiembre. La diferencia con lo que ocurría en Portugal, lleva a Pereira Pacheco a explicarlas como propias del invierno local, a pesar de referirse a regiones que se encontraban en el hemisferio norte (PEREIRA, 1991: 260-61, 267-68, 604, 609, 632 y 654). Además, durante las mismas se originaba un vapor malsano, como de azufre, que resulta nocivo. Muchas personas no soportaban tales condiciones, especialmente los alemanes y otras gentes del norte, la mayoría de los cuales morían. Algunas zonas eran reputadas como especialmente propicias para las fiebres y, por tanto, para la muerte de los hombres blancos, Pacheco Pereira, en su exhaustivo panorama, las vincula al Río de Santo Domingo, San Jorge de la Mina y a los ríos al sur de este emplazamiento (PEREIRA, 1991: 617, 646 y 654).

En los archipiélagos el clima era, por el contrario, benigno. Ello se traducía en unas condiciones de vida propias de las Afortunadas. Ahora bien, tras la instalación permanente el mito hubo de enfrentarse a la realidad cotidiana. Veamos el ejemplo de Canarias. En la etapa «señorial» (1402-1477) podemos contraponer la visión edénica de *Le Canarien* y la angustiosa relación de los vecinos de Lanzarote al solicitar al rey que tomase a la isla bajo su amparo. La crónica

---

13 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De la moneda de los azanegas y de sus costumbres».

14 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De la moneda de los azanegas y de sus costumbres». En él se dice: «También he observado que en algunos años aparecen muchísimas langostas en esta región, del tamaño de un dedo, que vuelan a modo de saltamontes en los prados, aunque son mayores, de color rojo y amarillo. A veces aparecen tantas en el cielo que lo cubren y no se puede ver ni el sol. Entre doce y dieciséis millas alrededor, todo lo que alcanza la vista se cubre, tanto el cielo como la tierra, lo que parece increíble. Por donde pasan no queda nada, pues destruyen todo, y consideran que es la mayor plaga que pueden padecer».

15 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De un lugar llamado Tagaza, en el que se extrae una gran cantidad de sal».

16 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del modo de vestir y de las costumbres de todos los negros»: Es una región de temperatura muy elevada y, conforme se avanza, aumenta el calor. En comparación, el frío es más riguroso entre nosotros en el mes de abril que allí en el mes de enero.

francesa de la conquista presenta al Archipiélago como un país sano, hasta el punto que ningún integrante de la expedición enfermó en dos años y medio, en el que se pueden recoger dos cosechas anuales, en el que existen frutos, plantas y animales maravillosos, etc. (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 115 y 210). Setenta años después, *La Pesquisa de Cabitos* recoge la queja de los vecinos de Lanzarote, que informan al rey que son pocos, pobres e ignorantes y que para proveerse sólo tienen el cielo y ganados cabríos, careciendo de otras haciendas y rentas, «pues si un año cogen pan dos dejan de cogerlo» (AZNAR VALLEJO, 1990: 172-177). Durante la etapa «realenga» (1478-1526), la realidad y el mito se aproximan, al incorporarse las islas más feraces. En consecuencia, también abundan las descripciones de tipo edénico, de las que tal vez la más conocida sea la del bosque de Doramas.<sup>17</sup> A pesar del aserto anterior, la fertilidad de los campos y la frondosidad de la cubierta arbórea se vieron pronto amenazadas por cultivos intensivos y talas abusivas.

En el caso de Madeira, la exuberante vegetación, fruto de sus excelentes condiciones climáticas, constituyó inicialmente una inextricable frontera. Este hecho explica el relato de los inicios de su colonización. Según este, «la isla no poseía un palmo de tierra que no estuviera cubierto de árboles inmensos, hasta el punto que los primeros habitantes llegaron a prenderle fuego y estuvo ardiendo durante largo tiempo. Este incendio adquirió tal virulencia que João Gonçalves Zarco junto con todos sus hombres, mujeres e hijos tuvieron que escapar del furor de sus llamas y de una muerte cierta, refugiándose en el mar con el agua hasta el cuello durante dos días y dos noches, sin poder beber ni comer. Después talaron buena parte de estos árboles, convirtiendo el terreno en cultivable».<sup>18</sup> El mismo relato pretende que el nombre de la isla es traducción de *legname*, madera en italiano, aunque cae en la contradicción de ligarlo al descubrimiento de los marinos del Infante. Este anacronismo tropieza, además, con la posibilidad de que el término haga referencia a una de las Islas Eternas, la del cordero (*lagnan* en árabe).

El archipiélago de Cabo Verde también contaba con un clima agradable, pues, en palabras de Valentim Fernandes, sus tres meses de invierno «lo son por las lluvias no por el frío» (FERNANDES, 1940: 120). Antes y después de la colonización se le presenta con rasgos edénicos.<sup>19</sup> En el primer caso, por la abundancia de aves, peces y salutíferas tortugas, que se podían aprovechar sin esfuerzo; y por el solaz que ofrecía tras las arduas y peligrosas navegaciones por el continente. En el segundo, por la posibilidad de dos cosechas anuales y la buena adaptación de frutos y animales. Aunque en este caso, se distinguía las islas con suficiente agua y las que carecían de ella, destinadas a la cría de ganado caprino.

A los factores climáticos y, por extensión de vegetación, se unían los del relieve. Este tenía especial relevancia en el caso del Sahara, donde el desierto

<sup>17</sup> Su descripción arranca del momento de la conquista. Vid. MORALES PADRÓN (1993).

<sup>18</sup> *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del puerto de la isla de Madeira y de sus producciones».

<sup>19</sup> Los detalles, aparte de en Valentim Fernandes, en Ca da Mosto (*De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, Segunda Navegación, cap. «Quiénes fueron los primeros que descubrieron las islas de Cabo Verde, a dos de las cuales pusieron el nombre de Buenavista y de Santiago») y Eustache de la Fosse (AZNAR VALLEJO y PICO GRAÑA 2000: 45-47).

constituía un auténtico «mar arenoso», en frase de Diogo Gomes (SINTRA, 2002: 53).<sup>20</sup> Las dificultades para traspasarlo por tierra corrían parejas a las que ofrecía el mar. La única opción eran las rutas caravaneras, cuya descripción general debemos a Ca da Mosto.<sup>21</sup> De Mali partían tres vías: una hacia Egipto, otra hacia Tombuctú-Touat y otra hacia Tombuctú-Ouadane. Esta última, que es la que nos interesa, se dividía en dos: un ramal iba hacia Orán y otro a Fez, Marrakech, Arcila, Safi y Meça. Estas terminales se irán ampliando hacia el sur, conforme la navegación atlántica vaya abriendo estas zonas a los contactos comerciales. El citado autor añade detalles del transporte de la sal de Tagaza hasta Tombuctú y Mali en caravanas de camellos.<sup>22</sup> Para indicar la dureza de la empresa, señala que de cien animales que partían, no regresan más de veinticinco. A pesar de ello, podemos apreciar la idoneidad del medio, pues sólo tardaban unos ocho días en llegar. Esta referencia adquiere mayor relevancia al añadir el mercader veneciano: «de Tagaza a Tombuctú dicen que hay aproximadamente cuarenta jornadas a caballo, y treinta de Tombuctú a Mali»; aunque sus apreciaciones debemos tomarlas con prudencia, pues en otro capítulo indica: «Es tan vasto /el desierto/ que son necesarias cincuenta o sesenta jornadas a caballo para atravesarlo, incluso más, o menos, según los lugares».<sup>23</sup>

En el caso de Guinea, la frontera se ligaba a la oposición entre costa e interior. Por esta razón, la población se replegaba hacia tierra firme, evitando las islas y las costas. Este repliegue no era siempre garantía de seguridad, pues en ocasiones se confiaban en exceso, pensando haber puesto tierra por medio o creyendo que los portugueses eran incapaces de atravesar a nado (EANNES DE ZURARA, 2012: 189, 197, 219). Esto era cierto en muchas oportunidades, pues, al revés de sus enemigos, buen número de ellos no sabían nadar (EANNES DE ZURARA, 2012: 173);<sup>24</sup> pero en otras, la acción de unos pocos frustraba sus cálculos. A esta primera línea de defensa se unía otra de carácter biótico: el bosque. Este podía comenzar en la propia línea de playa, como podemos apreciar en la descripción del de Santa María: «por la playa hay un gran bosque, con muchos árboles verdísimos que parecen beber el agua del mar, y lo llamaron bosque o arboleda de Santa María».<sup>25</sup> Su interior, además de intrincado, estaba poblado de animales y hombres salvajes. En el primer caso, aunque se mencionan leones y leopardos, los más representados son los elefantes por su interés comercial. Sobre estos, las referencias más ricas corresponden a Ca da Mosto, quien indica que no existen ejemplares domesticados, que viven en el interior de la selva y que su caza sólo es posible por la protección que los árboles

---

20 Ocupa a lo largo 37 jornadas de viaje y divide la gente blanca de la negra.

21 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De la estatura de algunos negros que no quieren dejarse ver, ...».

22 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De un lugar llamado Tagaza, en el que se extrae una gran cantidad de sal».

23 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Discurso sobre Etiopía y sobre el desierto que existe entre ella y Berbería».

24 A modo de ejemplo, citaremos una de las enseñanzas de la muerte de Gonzalo de Sintra «que ningún hombre que no sepa nadar debe pasar por donde está subiendo la marea, salvo que lo haga con tiempo suficiente para que a su regreso ya haya bajado».

25 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del río de las Palmeras y del río de los Humos».



prestan a los nativos.<sup>26</sup> La escasa presencia europea en el interior, hace que sean muy escasas las menciones a animales peligrosos. La excepción la constituyen los cocodrilos, aunque su presencia tenga un carácter distante, como prueba la cita de Pacheco Pereira, que se limita a decir: «son animales nocivos y comen hombres, bueyes y vacas» (PEREIRA, 1991: 276).

Los contactos de los europeos con los guineos descritos por las crónicas siempre se desarrollan en las costas o en las riberas de los ríos. Más allá, comienza un mundo desconocido e inquietante. Dentro de él, existían pueblos reputados como especialmente salvajes e infrahumanos. Es el caso de las poblaciones al sur de los mandingas, descritas por Pacheco Pereira con rostro, dientes y rabos de perro (PEREIRA, 1991: 274 y 462). Otros ejemplos aportados por el mismo autor se refieren a Sierra Leona y a los ósa de Benín. Respecto de los primeros dice: «unos, tienen dientes limados y agudos, como perros; y otros, los que viven en la espesura de Sierra Leona son hombres salvajes, a los que los antiguos llamaron sátiros, que están todos cubiertos de un cabello o cerdas casi tan ásperas como las de puerco» (PEREIRA, 1991: 287 y 624). Otra particularidad de estos es que, cuando se les hace mal, gritan en lugar de hablar. Los otros, son caracterizados como salvajes, fuertes y cubiertos de cerdas (PEREIRA, 1991: 324 y 652). «Tienen todo de criatura humana, pero en lugar de hablar, gritan». La razón de estas imágenes hay que buscarla en los distintos tipos de limado de dientes practicados por estas poblaciones, en el desconocimiento de su lengua y en la consideración infrahumana que merecían.

El relieve de los archipiélagos presentaba dos tipos de limitaciones: la escarpada geografía de la mayoría de las islas y los suelos volcánicos (*malpaíses*). Estos elementos se señalan únicamente para Canarias, pues al ser el único archipiélago habitado, tales extremos tenían relevancia a la hora de la ocupación. *Le Canarien* presenta El Hierro, La Palma, La Gomera y el norte de Lanzarote como islas muy *fuertes*, mientras dicen que Gran Canaria tiene buenas *entradas*. La diferencia entre una u otra calificación estribaba en la existencia o no de puertos que posibilitasen el desembarco sin estorbo. La situación varió tras la conquista, cuando los puertos sirvieron para asegurar la conexión con el exterior (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007). Por esta razón, los fondeaderos son uno de los objetivos de los periplos de reconocimiento, en los que se sondeaba la profundidad de los diversos lugares de la costa. En Lanzarote se mencionan dos buenos puertos, uno para galeras –menos exigente en cuanto a calado– y otro para todo tipo de navíos. En El Hierro, por el contrario, se señala que no existe puerto ni surgidero bueno. Íntimamente ligada con este aspecto se encuentra la caracterización de la orografía (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007). De El Hierro, La Palma y La Gomera se dice que son *altas*; de Gran Canaria y Fuerteventura, que alternan montañas y llanos, aunque la primera posee condiciones más difíciles; y de Lanzarote, que es un país llano (debemos entender que a excepción del extremo norte). Tales condiciones tenían repercusiones en el desarrollo de la guerra, pues la única defensa ante los invasores era esconderse o refugiarse en las zonas escarpadas. La primera opción está perfectamente reflejada en la crónica francesa, que consigna

<sup>26</sup> De las navegaciones del señor Alvoise Ca da Mosto, cap. «De los animales que nacen en el reino de Senegal y De los elefantes de este país y del modo que le dan cacería»

la dificultad de encontrar gente en los primeros desembarcos (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 82 y 147). Buen ejemplo de la segunda lo encontramos en el relato de Zurara acerca de una *presa* realizada en La Palma (EANNES DE ZURARA, 2012: 242-245). Los portugueses y sus auxiliares gomeros, ante la imposibilidad de alcanzar a los hombres, persiguieron a las mujeres y niños que guardaban el ganado «por los salientes de los riscos, extraordinariamente abruptos, aunque mucho más extraordinaria era la destreza con que los canarios de la isla se movían por entre aquellos riscos». El resultado fue: muertes por ambas partes, pues los atacantes no se arredraron ante la situación y los aborígenes se arriesgaron hasta el extremo, a fin de hacer valer sus opciones. La ventaja en el conocimiento del terreno se acrecentaba con la llegada de la noche, que suponía el final del combate para los europeos (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 105 y 193).

Debido a las citadas condiciones orográficas, la caballería no figura en la conquista de Canarias hasta el último cuarto del siglo xv y a partir de entonces se desenvuelve con gran dificultad. Sirva de ejemplo la emboscada de los canarios en los desfiladeros de Tirajana, donde el jinete que pretendía llevar el caballo por aquellas cuestas «había de coger las riendas y atarse los pies». Además, al avanzar tropezaban unos con otros y «con la espada o con la lanza atravesaba al que iba delante... mientras a él le acometían por la espalda con piedras y dardos» (MORALES PADRÓN, 1993: 488).

### 3. LA FRONTERA CULTURAL

Las sustantivas diferencias en el plano cultural llevaron a plantear, como primer punto de separación, la humanidad o inhumanidad de los aborígenes. Como a través del comercio esclavista los europeos tenían un buen conocimiento de las poblaciones africanas (tanto de Canarias como del Continente), sus personas no produjeron un rechazo insuperable. Su pertenencia al género humano era admitida, tal como señalan Zurara y Duarte Pacheco Pereira al calificarlos como «hijos de Adán», «descendientes de los hijos de Adán», o «de generación de Adán» (EANNES DE ZURARA, 2012: 165 y 182, Pereira 1991: 662) y al señalar que se trataba de seres racionales, dotados de alma (EANNES DE ZURARA, 2012: 148 y 182).

Lo anterior no significaba que se ignorase su *alteridad*. Tal diversidad era medida a través de diversos parámetros (físico, vestido, alimentación, vivienda, organización política, religión...), que reagruparemos en tres rúbricas: imagen física, retrato moral y sistema político. Estos elementos solían comportar más desprecio que temor. La frontera entre ambos conceptos, sin embargo, podía traspasarse en casos de extrema *barbarie*.

#### 3.1. Las personas

Admitida la humanidad de las nuevas poblaciones, la representación física de sus integrantes presenta matices. La de los aborígenes canarios resultaba manifiestamente favorable y se ordenaba en torno a varios puntos. En primer

lugar, a la belleza o hermosura, que se afirma de los habitantes de El Hierro, La Palma, Gran Canaria, Lanzarote y, de forma general, de los del conjunto del Archipiélago (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 127, 129, 131 y 133). Tal cualidad cumple para hombres y para mujeres, aunque se enfatiza en el caso de estas. Rasgos anexos a esta primera virtud son la esbeltez y el estar bien formados. La segunda nota positiva en el aspecto físico de los indígenas es su gran fuerza y talla que, en el caso de Fuerteventura, da pie para hablar de un gigante de 9 pies (unos 2,25 metros) (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 124, 133, 221 y 241). Esta característica contrasta con la impresión del redactor de la expedición de 1341, que consideró que «su estatura no supera a la nuestra» (PELOSO 1988: 823-827). La elevada estatura es propia de ambos géneros y la única excepción a la norma es Tenerife, cuyos habitantes son presentados como de escasa altura, hecho también recogido por Diogo Gomes (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 130; SINTRA, 2002: 97). El atributo de fortaleza no es sinónimo de torpeza, ya que se les presenta como gente ágil, que en el caso de Fuerteventura corren como lebreles y en el de Gran Canaria nadan maravillosamente (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 242 y 131). También se pondera la destreza del *rey* de Lanzarote, que había logrado zafarse seis veces de las manos de los cristianos (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 91). La última nota de este halagüeño retrato es la relativa al color, evidenciada a la hora de caracterizar a los niños de Lanzarote, «que son blancos como los nuestros, pero se ponen tostados a la intemperie por falta de vestidos» (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 135).

Para el resto de las poblaciones, el panorama no es tan halagüeño. Muestra de ello lo encontramos en Zurara al clasificar los esclavos llegados a Lagos por su color. En una escala descendente de estima, los presenta de la siguiente manera: «había algunos casi blancos, hermosos y proporcionados; otros menos blancos, que podían pasar por mulatos; otros tan negros como etíopes, tan poco agraciados de cara y de cuerpo que quienes les miraban creían ver imágenes del hemisferio inferior» (EANNES DE ZURARA, 2012: 165). La última referencia alude a la creencia en *antípodas* o *antíctonos*, imaginados como seres monstruosos.

Valentim Fernandes traza la frontera entre poblaciones blancas y negras, señalando que a partir del cabo de Aguer «son comúnmente bajos y muchos de ellos negros», aunque añade que dicho color no era de naturaleza sino de «andar desnudos» (FERNANDES, 1940: 38 y 44). El mismo autor precisa que el límite con los auténticos negros está situado en el río Senegal, aunque en las proximidades del mismo existía un grupo denominado *ziguis*, que presenta como mestizos y considera de «menos valor» (FERNANDES, 1940: 45 y ss.).

Descontado su color, la imagen física de los *guineos* también solía ser positiva, con expresiones como «hombres muy negros, bien formados de cuerpo, un palmo más alto que ellos», «hermosísimos de cuerpo y muy negros», etc.<sup>27</sup> No falta, incluso, alguna comparación en la que los indígenas vencen a los portugueses. Véase, si no, lo anotado por Zurara: «Estêvão Afonso era de cuerpo pequeño y delgado, mientras que el guineo era todo lo contrario. Lo agarró tan fuerte por los cabellos que, cuando el guineo se quiso enderezar, Estêvão Afonso quedó

<sup>27</sup> De las *navigaciones del señor Alvisé Ca da Mosto*, cap. «De la estatura de algunos negros que no quieren dejarse ver...» y «Del país de Gambia y de la vestimenta de aquellos negros...».

suspendido, con los pies a cierta distancia del suelo. El guineo era valiente y poderoso, y le pareció una afrenta verse sujeto por alguien tan pequeño» (EANNES DE ZURARA, 2012: 227). A ello hay que unir el aprecio hacia su fortaleza y sus dotes para correr o nadar (EANNES DE ZURARA, 2012: 197, 227 y 267).

Ahora bien, algunos aderezos corporales podían romper dicha imagen y caer en la barbarie, como en el ya citado caso de los dientes serrados. Ejemplo de ello era el alargamiento del labio, que contribuía a la imagen canina de sus poseedores. Ca da Mosto ilustra el hecho con alarmantes palabras: «pendiéndole sobre el pecho / el labio inferior /, grueso y rojo, ensangrentado en su parte interior, mientras que el labio superior era fino como el de ellos. Por esta deformidad de los labios, sus encías y dientes quedaban al descubierto y parecían más grandes que los suyos, incluyendo dos colmillos, uno a cada lado. Tenían también ojos grandes y negros, de un aspecto terrorífico, y las encías parecían sangrantes como los labios».<sup>28</sup>

El segundo elemento en la caracterización de la persona de los aborígenes, y por tanto en la determinación de su identidad o alteridad respecto de los europeos, es el concerniente al vestido y a los adornos personales. En el caso canario, se distingue claramente entre hombres y mujeres. De los primeros *Le Canarien* destaca su desnudez, sólo rota por calzones de hoja de palma en Gran Canaria y por una piel hasta las corvas, atada a la espalda, en Lanzarote y Fuerteventura (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007). En cambio, las mujeres iban vestidas en las tres islas de las que nos ofrece referencias. Lo hacían con vestidos de pieles y con mantos del mismo producto en Lanzarote y Fuerteventura. Las mujeres de Fuerteventura se sujetaban el vestido a la cintura y se cubrían hasta las rodillas, en cambio las de Lanzarote iban «decorosamente» vestidas con largas túnicas hasta el suelo. Los niños carecían de vestiduras, como hemos visto; y seguramente sucedía lo mismo con las mujeres solteras, como recoge el relato del viaje de 1341. El único complemento del vestido que se cita es el calzado sin empeine de las mujeres de Fuerteventura, que hemos de suponer que constituía una rareza. A este respecto, conviene recordar que el citado relato de 1341 indica taxativamente que andaban descalzos (PELOSO 1988: 823-827). Zurara distingue entre canarios, que se cubren con palmas de colores; gomeros, que van completamente desnudos; y guanches, que, además de cubrirse con pieles, recogen hacia dentro los genitales (EANNES DE ZURARA, 2012: 265-267). Ca da Mosto ofrece un panorama parecido para los hombres, que «suelen estar desnudos, excepto algunos que se cubren con pieles de cabra, una por delante y otra por detrás»; pero ofrece un importante matiz, pues indica que «para endurecer su piel y protegerse del frío, por lo demás poco riguroso en estas regiones australes, untan su cuerpo con sebo de macho cabrío mezclado con el jugo de ciertas hierbas».<sup>29</sup>

Sobre el aderezo personal sólo tenemos noticias acerca del cabello y ciertos adornos corporales. En el primer caso, los hombres de Gran Canaria lo llevaban atado detrás, a modo de trenza; y las mujeres de Fuerteventura lo traían largo, rizado y cortado sobre la frente -como los hombres-, con aspecto alborotado

<sup>28</sup> De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto, cap. «De la estatura de algunos negros que no quieren dejarse ver, y hacia dónde se lleva el oro que se obtiene de ellos».

<sup>29</sup> De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto, cap. «De las siete islas Canarias y de sus costumbres».

(AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 131, 134 y 230). *Le Canarien* nada dice de la barba, que en la Gran Canaria de finales del siglo xv distinguía, junto al cabello largo, a la gente de alcurnia de los desheredados. Estos eran rasurados con jugo de tabaiba y cardón, aunque el manuscrito de Valentim Fernandes indica que las barbas se arreglaban con pedernal (MORALES PADRÓN, 1993: 142, 160, 161 y 313; FERNANDES, 1940: 103). El cronista de 1341 precisa que los jóvenes eran imberbes, por lo que podría tratarse de un doble mecanismo de distinción o de un cambio en el tiempo (PELOSO 1988: 823-827). Los adornos corporales son descritos como blasones grabados en el cuerpo de la mayoría de los canarios, lo que vuelve a señalar su desnudez (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 131 y 230). Aunque se indica que cada uno lo llevaba «según su gusto», parece más acertado pensar que se trataba de elementos de identificación familiar, especialmente entre los de cierta prosapia. Estos elementos de distinción se completarían, seguramente, con otros incorporados al vestido. Sobre este aspecto, *Le Canarien* se limita a señalar que en Lanzarote el usurpador Afche se «vistió» como rey; pero sabemos por la expedición de 1341 que los personajes destacados vestían pieles de diferentes colores y la crónica de López de Ulloa indica que los reyes se cubrían completamente con un tejido de hojas de palma muy menudas (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 99 y 183; MORALES PADRÓN, 1993: 315; PELOSO, 1988).

La valoración de este segundo apartado no podía ser tan positiva como la anterior, ya que los europeos confiaban al vestido la preservación del tabú de la sexualidad. Sin embargo, esta reserva se encontraba matizada por el cumplimiento de ciertos requisitos mínimos: el decoro de las mujeres y el cubrimiento de las partes pudendas por parte de algunos hombres. Es decir, se encontraba a medio camino entre la desnudez absoluta y la utilización de tejidos. A este respecto, conviene recordar las apreciaciones del *Manuscrito Valentim Fernandes*, al señalar que canarios y gomeros iban desnudos sin tener vergüenza de ello y que despreciaban los vestidos de paño, diciendo que «eran sacos en los que se metían los hombres» (FERNANDES, 1940: 102 y 104).

En el Sahara, el clima favorecía el uso de vestidos, aunque en un grado menor al que imaginamos. Zurara señala la diferencia entre el común de los azanegas que visten túnicas y calzones de cuero frente a los notables que usan alquiceles (túnicas de lana blanca) y sus jefes «que tienen tan buenas ropas como los otros moros» (EANNES DE ZURARA, 2012: 250). Añade que «las mujeres llevan alquiceles, que son una especie de mantos con los que solamente se cubren el rostro, con lo cual les parece que ya han terminado de cubrir todas sus vergüenzas, pues van con el cuerpo totalmente desnudo». Dicha práctica da lugar a una enérgica condena, que muestra una enorme distancia cultural, pues comenta «este es uno de los hechos que le permiten a uno darse cuenta de su gran bestialidad, pues si existiera en ellas el menor atisbo de raciocinio seguirían a la naturaleza, cubriendo solamente las partes que esta enseñó que debían ser cubiertas, pues vemos que cada uno de los sitios vergonzosos los rodeó naturalmente de vello, como prueba de que quería ocultarlos. E incluso algunos estudiosos de la naturaleza sostienen que, si se dejase libremente, ese pelo crecería hasta llegar a ocultar todas las partes pudendas». Ca da Mosto matiza esta *impudicia* al señalar que «la mayor parte

de ellas usa túnicas traídas de la Tierra de los Negros; /pero/ algunas llevan una suerte de vestidos, de los que ya hemos hablado, que llaman alquiceles, sin camisas.<sup>30</sup> Y en otro pasaje «usan encima de la piel unas túnicas blancas con bordados rojos en los extremos. Sus mujeres se visten como ellos, pero no llevan camisa».<sup>31</sup> Es decir, no usan ropa interior. Estas referencias dan sentido a otra observación del mercader veneciano, referida a la costumbre de alargar los senos con fines estéticos. Sus palabras son: «a las mujeres que tienen los pechos más grandes las consideran más bellas que a las otras, de modo que al llegar a la edad de diecisiete o dieciocho años, una vez que sus pechos se han desarrollado, se atan una cuerda alrededor, que le ciñe cada pecho por el medio. Aprietan la cuerda y estiran los pechos para que se les separen, y con tanto tirar cada día les crecen y se les dilatan tanto que a muchas les llega al ombligo. Y, como cosa muy singular, aprecian a aquellas que los tienen más alargados».<sup>32</sup> Lógicamente, tales prácticas muestran que el influjo islámico no había llegado a todos los rincones del desierto. La estancia de João Fernandes entre los azanegas es otro testimonio de la vestimenta de estas poblaciones, pues al arrebatarse su ropa «solo le dieron un alquicel, como llevaban puesto todos los demás moros» (EANNES DE ZURARA, 2012: 260). Las fuentes son parcas a la hora de recoger complementos y adornos, en perfecto acuerdo con la pobreza del medio. Cada da Mosto señala que los azanegas «llevan los cabellos rizados sobre los hombros, al modo de los alemanes, a no ser porque su pelo es negro y lo embadurnan cada día con grasa de pescado, lo que les da un olor nauseabundo que ellos tienen por muy refinado».<sup>33</sup> Esta noticia contrasta con otra, en la que se indica que «en la cabeza los hombres se ponen un turbante a la morisca».<sup>34</sup> Este detalle se desarrolla comentando que «observan la extraña costumbre de llevar continuamente alrededor de la cabeza un paño, una de cuyas puntas cae sobre la cara y les cubre la boca y una parte de la nariz. Dicen que la boca es inmundada, que emana continuamente aliento y otros malos olores y que debe, por consiguiente, estar cubierta y no mostrarse, queriéndola casi comparar al culo, por lo que ambas partes deben cubrirse».<sup>35</sup> Esta costumbre tan sorprendente para los europeos estaba ligada a un tabú alimenticio, aunque también constituía un excelente remedio contra el calor, pues preservaba de la sequedad de las fosas nasales, y una protección frente al harmatán. Sobre adornos femeninos, sólo contamos con lo recogido por Zurara, quien indica que «las mujeres de los notables llevan aros y argollas de oro y otras joyas» (EANNES DE ZURARA, 2012: 259).

30 *De las navegaciones del señor Alvisé Ca da Mosto*, cap. «De la moneda de los azanegas y de sus costumbres».

31 *De las navegaciones del señor Alvisé Ca da Mosto*, cap. «Del lugar de Ouadane, de sus costumbres y producciones».

32 *De las navegaciones del señor Alvisé Ca da Mosto*, cap. «De la moneda de los azanegas y de sus costumbres».

33 *De las navegaciones del señor Alvisé Ca da Mosto*, cap. «Del acuerdo hecho por el señor Infante en la isla de Arguim».

34 *De las navegaciones del señor Alvisé Ca da Mosto*, cap. «Del lugar de Ouadane, de sus costumbres y producciones».

35 Esta costumbre será recogida posteriormente por León el Africano (León Africano 2004: 110-112).

Por razón de clima, los usos de los guineos tendían a la desnudez o vestiduras muy ligeras. Ca da Mosto señala la frontera entre europeos y africanos a este respecto, con las siguientes palabras: «Dios, nuestro señor, ha provisto a cada uno según sus necesidades: a nosotros, que vivimos en el frío, nos ha proporcionado lana, sin la que no podríamos subsistir; por el contrario, a los negros, que nacen en la zona tórrida y no necesitan ir vestidos, no les ha dado ovejas sino algodón».<sup>36</sup> De manera general, el citado autor separa al *común*, que anda casi siempre desnudo, de sus autoridades, que utilizan camisas.<sup>37</sup> Además, indica las diferencias entre etnias. Compara, por ejemplo, a los habitantes de Senegal que «van casi todos desnudos» con sus vecinos del sur que «van vestidos por la gran cantidad que tienen de algodón».<sup>38</sup> Y repite que los hombres de Gambia van «vestidos todos de camisas de algodón blanco».<sup>39</sup> Sin indicar lugar, menciona el uso de calzones de algodón, que se ciñen a la cintura y les llegan hasta el tobillo.<sup>40</sup> Esta prenda le permite ridiculizar el gusto de los nativos, pues «son tan largos que los remangan y repliegan treinta, treinta y cinco y hasta cuarenta palmos. Cuando se los ciñen alrededor resultan desmesurados por su anchura y longitud, y se les forma como un saco delante y otro por detrás que arrastran por el suelo a manera de cola. No hay cosa más grotesca de ver que el que va con esa amplia falda con aquella cola, pero la consideran tan favorecedora que nos preguntaron si habíamos visto alguna vez una vestimenta tan bella y tan bien formada como aquella». Entre los desvestidos también establece diferencias, pues distingue la desnudez de los que cubren sus vergüenzas con una piel de cabra, a guisa de pantalones,<sup>41</sup> de quienes las tapan con cortezas de árboles.<sup>42</sup> Generalmente, las mujeres van desnudas de cintura para arriba, sean casadas o solteras; y de cintura para abajo usan un paño de algodón ceñido, que les cubre hasta media pierna.<sup>43</sup> Como excepción, en el país de los Bati «las mujeres van todas iguales, con ropas más amplias, excepto cuando son muy jóvenes que entonces les gusta hacerse algún dibujo en la piel».<sup>44</sup> Hombres y mujeres van descalzos y no llevan nada sobre la cabeza. La excepción la constituyen algunos hombres de armas, que, como en el caso de Gambia, llevan casquetes blancos «al modo de los alemanes, salvo que en cada lado tenían una especie de ala también blanca y una pluma en medio de dicho casquete, con lo que daban a entender que eran hombres de guerra».<sup>45</sup> Los dos sexos recogen el

36 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De los animales que nacen en el reino de Senegal y de las cosas notables de los elefantes».

37 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del modo de vestir y de las costumbres de todos los negros».

38 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De su fe y de su modo de vivir y de vestir».

39 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del país de Gambia y de la vestimenta de aquellos negros».

40 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del modo de vestir y de las costumbres de todos los negros».

41 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del modo de vestir y de las costumbres de todos los negros».

42 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De un lugar llamado Cabo de Sagres;... ».

43 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del modo de vestir y de las costumbres de todos los negros».

44 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De su fe y de su modo de vivir y de vestir».

45 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del país de Gambia y de la vestimenta de

cabello en trenzas de diferentes maneras, «aunque por naturaleza no los tienen demasiado largos».<sup>46</sup> Por último, reúne algunas prácticas de marcas corporales. Ciertos habitantes del Cabo de Sagres guineano, que suponemos pertenecientes a determinadas jerarquías sociales o a señalados clanes familiares, llevan marcas hechas con hierro caliente en la cara y el cuerpo.<sup>47</sup> Y las jóvenes del país de Bati se hacían marcas en el pecho, brazos y cuello con agujas de palo al fuego, semejando bordados de seda.<sup>48</sup>

### 3. 2. Las costumbres

La representación externa de los aborígenes se completaba con su retrato moral, que afectaba tanto al plano de los valores como al de las creencias religiosas. En el caso de Canarias, la buena consideración física se oponía a los reparos de orden moral. Es cierto que se les reconoce algunos atributos «naturales» como el valor, la inteligencia, incluso, la presencia de ánimo para sobrellevar una vida tan dura y áspera (EANNES DE ZURARA, 2012: 264, 265 y 267). Sin embargo, se les reprocha la ausencia de otras virtudes consideradas esenciales por los europeos, caso de la lealtad. *Le Canarien* recoge esto último en diversos pasajes: en el supuesto testamento de los Trece Hermanos, que los señala como alevosos por naturaleza; en la actuación de los habitantes de Fuerteventura que, al ver que los franceses eran pocos, pensaron en traicionarlos; y en la actuación del *lengua* Alfonso quien, conociendo sus dificultades, sólo pensaba en su destrucción (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 98, 106, 125, 195, 221 y 180). También se les reprocha serios «desórdenes» en el orden familiar y sexual. En este terreno se destaca la inestabilidad de sus matrimonios. La Crónica de Guinea, por ejemplo, desaprueba el comportamiento de los gomeros que «tienen mujeres en común y su máxima felicidad es la fornicación», mientras alaba el de los guanches que «tienen esposas reconocidas» (EANNES DE ZURARA, 2012: 266-267). Y *Le Canarien* insiste en la norma de «una sola mujer para un solo hombre -y quien hace lo contrario peca mortalmente-», al tiempo que describe con extensión y sorpresa la poliandria existente en Lanzarote (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 111, 135, 202 y 235). También se les reprocha la indolencia, pues «emplean la mayor parte del tiempo en cantar y bailar, porque ponen todo su entusiasmo en divertirse sin trabajar» (EANNES DE ZURARA, 2012: 266).

La menor valoración moral de los canarios, se sustenta en una consideración religiosa: estas gentes no han tenido acceso a la Revelación. Sin embargo, su situación no es completamente negativa. Al tratarse de paganos, su estatuto es achacable al desconocimiento, y no al rechazo, como en el caso de judíos y musulmanes. La descripción de sus creencias religiosas en *Le Canarien* puede agruparse en varios puntos: caracterización de las mismas, posibilidades de conversión y principales desviaciones de la norma cristiana. En el primero de

---

aquellos negros».

46 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del modo de vestir y de las costumbres de todos los negros».

47 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De un lugar llamado Cabo de Sagres;... ».

48 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De su fe y de su modo de vivir y de vestir».



ellos, se les presenta como infieles o paganos, de diferentes *Leyes* o religiones, que no reconocen a su Creador (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 77, 86, 108, 141 y ss.). Su situación es debida a la falta de instrucción, lo cual no impide que vivan «casi como animales, cuyas almas se van a condenar» (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 110 y 120). De ahí, la necesidad de ser bautizados «a fin de liberar sus corazones de la creencia errónea en la que han permanecido» y poder escapar a las consecuencias del pecado original (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 114, 116, 209 y 212). La posibilidad de convertirlos a la fe cristiana, uno de los teóricos objetivos de la expedición francesa, sólo se analiza en el caso de Fuerteventura (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 124 y 133). Allí parece una empresa difícil, ya que son «muy testarudos, muy firmes en sus creencias y tienen una iglesia en que hacen sus sacrificios» (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 234). Es más, tenían por costumbre acabar con la vida de quienes hubiesen sido prisioneros de los cristianos (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 133 y 233). Sin embargo, la realidad parece contradecir los temores iniciales, ya que poco después del bautismo de los dos reyes de la isla, todos sus habitantes eran cristianos y llevaban a sus hijos recién nacidos a bautizar en la corte de Valtarajal (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 250-251).

En este apartado también existe una minusvaloración de los africanos, en especial de los guineos. Zurara la explica por la maldición de Noé contra su hijo Cam, que sometió a sus descendientes a las demás razas del mundo; y por su propia *naturaleza*, menos inclinada a las virtudes, a causa de la distribución de la gracia divina (EANNES DE ZURARA, 2012: 148 y 182).

A partir de estas consideraciones, el retrato moral de los africanos era similar al de los canarios y aún peor. Sirva de ejemplo las observaciones de Ca da Mosto respecto de azanegas: «en su mayoría, pobres, mentirosos y ladrones, más que cualquier otro hombre, y muy traicioneros»; y de guineos: «mentirosos empedernidos, muy embaucadores y por naturaleza charlatanes, parece que siempre están hablando»; aunque les reconoce la virtud de la hospitalidad, pues «no consienten que un extraño pase por su casa sin darle cobijo o alimento por una noche, y todo sin pedir nada a cambio». <sup>49</sup> Otra muestra de este distanciamiento lo encontramos, por vía de inversión, en la transformación que sufrían los guineos una vez instalados en Portugal (EANNES DE ZURARA, 2012: 167-168). Zurara indica: «cuatro aspectos que los hacían diferentes de los demás moros cautivados en aquellos lugares. El primero, que después de vivir en nuestro país jamás intentaban huir, incluso con el tiempo se olvidaban del suyo, tanto que comenzaban a valorar las bondades de este. El segundo, que se mostraban como servidores muy leales, obedientes y sin malicia. El tercero, que no estaban tan inclinados a la lujuria como los otros. Y el cuarto, que desde que usaban vestidos se aficionaban a los adornos y les gustaba las ropas con colores vistosos. Tanta era su inclinación por los adornos, que recogían trozos de tela que a los naturales del país se les desprendían de los sayos y los cosían en sus prendas, de lo que se ponían muy contentos, como si fuese una cosa de mucho valor». La lujuria reaparece en Zurara, al narrar las «incitaciones» sufridas por los rehenes entregados por

<sup>49</sup> *De las navegaciones del señor Alvise Ca da Mosto*, caps. «Del acuerdo hecho por el señor Infante en la isla de Arguim» y «Del modo de vestir y de las costumbres de todos los negros».

Antão Gonçalves mientras se negociaba un rescate (EANNES DE ZURARA, 2012: 183). Según él «las moras empezaron a provocar a los dos rehenes manifestándoles su intención de yacer con ellos; y las que se consideraban más atractivas se mostraban abiertamente como habían salido del vientre de sus madres y les hacían gestos muy deshonestos. Viendo que los rehenes estaban preocupados por la situación en que se encontraban, pues pensaban que la disputa de los moros era un ardid, las moras insistiendo en sus deshonestas intenciones les hacían señas de que se encontraban a salvo, rogándoles –según se podía entender por sus gestos– que accedieran a lo que ellas pretendían. Si lo hacían para engañarlos o impulsadas por su naturaleza maliciosa, que cada cual decida lo que mejor crea». Situación similar, aunque posterior en el tiempo, es la sufrida por el mercader Eustache de la Fosse en San Jorge de La Mina. Según su relato: «de pronto apareció una muchacha que se puso a seguirme preguntándome si quería *chocque chocque*, y ya empezaba a quitarse los calzones pensando que yo quería echarme sobre ella» (AZNAR VALLEJO y PICO GRAÑA, 2000: 59). Otra muestra de estas costumbres reprobables la encontramos en el retrato que Ca da Mosto hace de Budomel. En él indica: «Son estos negros y negras muy lujuriosos, por lo que una de las cosas principales que con insistencia me preguntaba Budomel, estando informado de que los cristianos sabían hacer de todo, era si por ventura yo podría enseñarle el modo de contentar a tantas mujeres, por lo que me recompensaría generosamente: así podéis entender cuánto valoran este vicio».<sup>50</sup>

La religión también separaba a los habitantes del Continente de los europeos, aunque entre ellos existía una distinción fundamental: la que oponía a mahometanos e idólatras. Estos últimos, como los canarios, no han tenido acceso a la Revelación, lo que les diferenciaba de los infieles, que, conociéndola, se negaban a aceptarla. Por esta razón y por la menor elaboración de su religión, se suponía que estaban más dispuestos a la conversión (EANNES DE ZURARA, 2012: 148).

Musulmanes eran buena parte de los *moros* y los guineos próximos al Senegal. Las noticias sobre los primeros se refieren fundamentalmente a los azanegas, cuya islamización se consideraba imperfecta, llegando a decir Ca da Mosto que «aquellos que viven en el desierto no tienen religión».<sup>51</sup> Sin embargo y en conjunto, su fe se considera superior a la de sus correligionarios negros, que «observan la religión mahometana, pero sin estar tan firmes en la fe como los moros blancos, y especialmente la gente del común».<sup>52</sup> Y se explica que «los señores observan esta creencia porque tienen junto a ellos a algunos de los mencionados azanegas o incluso árabes que, aunque no los comprenden, los instruyen diciéndoles que sería vergonzoso ser un señor y vivir sin conocer la ley de Dios, actuando como lo hace su pueblo y la gente del común, que viven sin credo. Y por no haber tenido otro trato que con azanegas o árabes, han sido convertidos a la ley de Mahoma; pero, después de que se han familiarizado y relacionado con los cristianos, su creencia

50 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De la casa del señor Budomel y de sus mujeres».

51 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De la moneda de los azanegas y de sus costumbres».

52 *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De la religión de estos primeros negros».

se ha debilitado». La postura de los europeos frente a ese grupo era de total rechazo, dado que eran considerados «enemigos acérrimos de los cristianos».<sup>53</sup> Zurara, al evocar sus derrotas a manos del Infante, considera sus creencias la peor de las desgracias. Según él, «no se lamentaban tanto de su segundo infortunio como del primero, es decir, del engañoso error en que los dejó el falso cismático Mahoma» (EANNES DE ZURARA, 2012: 118). Además, constituía una perniciosa influencia para los idólatras, que debía ser combatida con la propagación de la fe cristiana. Así queda de manifiesto en la controversia de Ca da Mosto con los ulemas de la corte de Budomel, en la que «reprobaba la ley de los mahometanos como mala y falsa por muchas razones, mientras que la nuestra es verdadera y santa, con lo que enfadaba a los maestros de su ley».<sup>54</sup> La conclusión del jefe jalofe muestra su relativismo en esta materia, pues «se reía y decía que tenía nuestra fe como algo bueno y que no podía ser de otra manera pues Dios, que nos había dado tantas cosas provechosas y ricas, y tanto ingenio y sabiduría, tenía que habernos transmitido un buen credo. Sin embargo, también ellos poseían una buena ley y los negros tendrían mejor salvación que los cristianos, porque Dios era un señor justo y ya que a nosotros nos había concedido tantísimos bienes y, en comparación, a los negros tan pocos, y ya que nos había dado el Paraíso aquí, a ellos se los concedería en el más allá».

El límite entre ambos mundos parece estar en el Río Grande, donde Duarte Pacheco Pereira sitúa el comienzo de las poblaciones idólatras, aunque dice que las primeras poblaciones están aún circuncidadas por influjo de los mandingas (PEREIRA, 1991: 282 y 620). Los detalles sobre sus prácticas son escasos. En unos casos, la información se limita a indicar «que adoran estatuas de madera con forma de hombre» y «que cuando comer o beber, siempre ofrecen una parte de sus viandas a sus ídolos».<sup>55</sup> En otros, se apunta una diversidad, aunque difícil de comprender para ellos, pues «son idólatras de diferentes maneras», aunque todas se ligan a los casos a aplicaciones mágicas, de carácter diabólico.<sup>56</sup> Y se alude al mestizaje religioso, dado que «todos reconocen un dios, pero algunos son de la secta de Mahoma: estos son hombres que la practican por diversos países y nunca paran en su casa, mientras que sus paisanos no la conocen».<sup>57</sup> Esta referencia apunta al modo de penetración del Islam en el África Negra, que se realizó a través de las rutas comerciales, quedando las regiones campesinas ligadas a cultos animistas.

53 *De las navegaciones del señor Alvoise Ca da Mosto*, cap. «Del lugar de Ouadane, de sus costumbres y producciones».

54 *De las navegaciones del señor Alvoise Ca da Mosto*, cap. «Del ceremonial que emplea Budomel para conceder audiencia».

55 *De las navegaciones del señor Alvoise Ca da Mosto*, cap. «De un lugar llamado Cabo de Sagres...».

56 *De las navegaciones del señor Alvoise Ca da Mosto*, cap. «De su fe y de su modo de vivir y de vestir»: referido a la región de Cabo Verde. También en Pereira (1991: 469 y 624): idólatras y hechiceros en Sierra Leona: poniendo mucha fe en los encantamientos y en otras cosas diabólicas que saben hacer.

57 *De las navegaciones del señor Alvoise Ca da Mosto*, cap. «De su fe y de su modo de vivir y de vestir».

### 3. 3. Las estructuras

A ojos de los europeos, el tercer gran pilar en la caracterización de un pueblo era la existencia en él de policía, es decir, de normas de gobierno. La nota más evidente de tales normas era la jerarquización social. En el caso de las comunidades canarias, su escalón más alto estaba ocupado por los jefes tribales, designados reyes a la usanza europea. *Le Canarien*, nuestra principal fuente al respecto, no se plantea el origen y alcance de sus poderes. No sabemos, por tanto, si se trata de magistraturas hereditarias o electivas y cuáles eran las normas que las regían. A lo sumo, en Gran Canaria se habla de «el hijo de Artarmy» y de «el hijo del rey de esa isla, que se llama Artamy», lo que podría aludir a la existencia de un epónimo en la jefatura insular (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 125, 132, 222 y 260). Sin embargo, ello no probaría que la descendencia dinástica se fundase en una consanguinidad real y no en una ficticia. Algunas de las funciones del jefe tribal o *rey* aparecen reflejadas de forma indirecta en la crónica. Sabemos, por ejemplo, que intervenía en los procesos de concentración y redistribución de la riqueza del grupo. Así queda patente en la obtención, a raíz de la captura del *rey* de Lanzarote y tras la proclamación de Afche, de muchas provisiones y gran cantidad de cebada (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 99, 183 y 200). También encarnaba a la comunidad y velaba por su suerte, como prueban la decisión de rendirse al verle prisionero o de bautizarse cuando él lo hace (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 99, 183 y 200).<sup>58</sup> Asumía, por último, la administración de la justicia, ejemplificada en el castigo al usurpador Afche, quien fue lapidado y quemado (Aznar Vallejo *et alii* 2007: 100 y 184). La importancia atribuida al *rey* era patente en sus atributos externos, como vimos en el capítulo referido a la imagen y en el episodio relativo a la muerte de uno de los reyes de La Palma, que acabamos de evocar. También lo era en sus bienes personales, que conocemos gracias a su confirmación en los repartimientos del conquistador francés, que estipulaban que debían tener «mayor casa y hacienda que cualquier otro canario» (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 265). Por debajo del *rey* se encontraba el grupo de notables. En Gran Canaria se les caracteriza como nobles o hidalgos, aunque se añade «según su estado» (AZNAR VALLEJO *et alii*, 2007: 131 y 194). Su propia abundancia era signo de la importancia concedida a este pueblo. Para los cronistas europeos tales denominaciones suponían preeminencia social y función militar e iban íntimamente ligadas. Ignoramos si en la sociedad canaria ocurría lo mismo o si, por el contrario, la actividad bélica correspondía al conjunto de la población, como apuntan otras fuentes. En la citada isla se menciona gente de inferior categoría, presentada como «de otra condición». Desconocemos si se trataba de un solo grupo o si es preciso separar dentro de él a los de condición humilde (villanos) de los marginados (trasquilados). Es posible que la referencia a que «la mayoría lleva blasones de distintas formas grabados en el cuerpo» tenga

---

58 Véanse además notas anteriores. Este aspecto también está recogido por Zurara respecto de uno de los *reyes* de La Palma: «reconocido como tal por una palma que llevaba en la mano, pues al parecer tienen la costumbre de que el rey lleve esa distinción frente a los demás. Como sabéis, entre todos los hombres es habitual que, al fallecer el jefe, los otros se retiren, y estos, al ver muerto a su capitán, dejaron la contienda» (EANNES DE ZURARA, 2012: 281).

que ver con la estratificación social, en cuyo caso parece reforzar la segunda hipótesis, ya que sólo los excluidos quedarían al margen de los grupos familiares que los emblemas representan. En cualquier caso, la referencia a que cada uno los lleva a su gusto parece errónea y fruto del desconocimiento de su organización socio-política.

La preeminencia social era trasunto de una organización política, que se retrataba con terminología europea. En el archipiélago canario, Zurara otorga el grado más alto de organización política a Gran Canaria, que cuenta con dos «reyes» y un «duque» (EANNES DE ZURARA, 2012: 264). Además, su gobierno descansa sobre un grupo de caballeros, conocedores de su fe y renovado por vía familiar. En el otro extremo se sitúa La Gomera, que sólo disponía de un duque y algunos jefes (EANNES DE ZURARA, 2012: 266). La primera de dichas denominaciones apunta a una autoridad ligada a la fuerza militar y no hereditaria.<sup>59</sup> La Palma constituye un estadio intermedio, ya que se consigna que «algunos de ellos se llaman reyes» y se menciona una reina (EANNES DE ZURARA, 2012: 245 y 267). Mayor valoración merece Tenerife, cuyos 8 o 9 bandos cuentan con su propio rey (EANNES DE ZURARA, 2012: 267).

En el Continente es patente la separación entre los nomadas del desierto y los reinos e imperios negros. A ojos de los europeos, los primeros carecían de una verdadera organización política, debido a un tipo de vida carente de convivencia, lo que les condenaba, como estableció Aristóteles, «a vivir como bestias», al carecer de pleno uso de razón (EANNES DE ZURARA, 2012: 182-183). Ca da Mosto fija esta idea con las siguientes palabras: «estas gentes no tienen señores conocidos, aunque los más ricos son obedecidos y honrados un poco más que los demás», a lo que añade: que los que viven en el desierto carecen de «señor por estirpe, sino que sus jefes son aquellos que poseen mayor riqueza y un séquito más grande, como es usual en otros lugares».<sup>60</sup> Tales consideraciones quedaban matizadas en la práctica por la necesidad de contar con interlocutores válidos para organizar los rescates y establecer las paces. Buen ejemplo de este papel es el jugado por Ahude Meymom, que contaba con esclavos guineos para cambiar por productos europeos (EANNES DE ZURARA, 2012: 183). Otra muestra de esta sociedad jerarquizada es la existencia de «notables», equiparados a caballeros, de quienes se podía obtener un rescate elevado. Esta práctica descansaba en la revalorización de las presas por el empeño puesto por familiares y súbditos en lograr su liberación. En ocasiones, la iniciativa partía de los propios cautivos. Así ocurre en el primer ejemplo recogido por Zurara, en el que un jefe local propuso a Antão Gonçalves que lo devolviera a su tierra, donde le darían 5 o 6 esclavos negros (EANNES DE ZURARA, 2012: 148-149). Le dijo, incluso, que podía hacer lo mismo con dos jóvenes de alcornia. Como prueba de la validez otorgada a su persona, «el moro iba muy bien vestido, con las ropas que el Infante había ordenado darle, estimando que al superar en nobleza a los demás, los beneficios que recibiera podrían servir para

59 Así lo entiende Ca da Mosto a propósito de Tenerife. Vid *De las navegaciones del señor Alvisé Ca da Mosto*, cap. «De las siete islas Canarias y de sus costumbres».

60 *De las navegaciones del señor Alvisé Ca da Mosto*, cap. «De la moneda de los azanegas y de sus costumbres».

animar a los otros a entablar tratos comerciales». El resultado fue negativo en el primer caso, dado que el notable aprovechó la ocasión para huir, lo que generó gran sorpresa entre los portugueses al incumplir la palabra dada y romper con ello el binomio europeo nobleza-lealtad (EANNES DE ZURARA, 2012: 149). Pero fue positivo en el segundo, pues se obtuvieron diez negros, un poco de oro en polvo, una adarga y muchos huevos de avestruz. La estratificación social operante la volvemos a encontrar en el empeño puesto en recuperar el cuerpo de un muerto en combate, «considerado por ellos como noble» (EANNES DE ZURARA, 2012: 253).

La imagen política de Guinea se caracterizaba por la dependencia de la costa del interior y por una fuerte jerarquización. Los rescates en esta zona muestran siempre la sujeción a un orden político, en el que los señores locales debían contar con la anuencia de sus superiores o actuaban como meros intermediarios de aquellos. Pruebas de esta jerarquización social es la cantidad de nombres de reyes y régulos recogida en estas regiones frente a la pobreza anterior y la referencia de Eustache de la Fosse al salvoconducto obtenido del mansa y caremansa, que traduce como «rey y virrey» (AZNAR VALLEJO y PICO GRAÑA, 2000: 37). Hay que señalar que, hasta la llegada de los europeos, la organización socio-política había primado las regiones del interior, lo que daba lugar a largas dilaciones, en espera de respuestas. La gradación de los contactos queda de manifiesto de manera temprana en el relato de Zurara acerca de la expedición de Valarte, el escudero escandinavo (EANNES DE ZURARA, 2012: 291-294). Su pretensión de intercambiar rehenes para iniciar el trueque fue pospuesta hasta recibir la aprobación del caballero Guitenya. Conseguida esta, el representante del señor, les indicó que lo pertinente era que se pusieran en contacto con el rey Boor, destinatario natural de las cartas del monarca lusitano, de quien podrían tener respuesta en 6 o 7 días. No obstante lo cual y ante la interferencia de un familiar de mayor alcurnia, el caballero dirigió las conversaciones, «diciéndoles que él tenía autoridad suficiente para tratar de todo, ya que cuando el rey Boor daba una tierra a un noble, este podía disponer en ella como si fuera él mismo, y que daría su aprobación a cualquier cosa que hiciera». Suponemos que los europeos eran incapaces de comprender la organización en clanes y tribus, basadas en relaciones de parentesco; y la sustituyen por una organización jurídica, basada en lazos de carácter público. La excepción a la norma la encontramos en la región de los barbacini y los serer, «que no tienen rey ni señor, aunque honran más a unos que a otros, según su calidad y condición. Entre ellos no consienten que haya un jefe, tal vez para que no les roben a sus mujeres e hijos y los vendan como esclavos, como hacen los reyes y señores de las demás Tierras de Negros». <sup>61</sup> La razón dada por Ca da Mosto es que: «su país es muy boscoso, abundante en lagos y húmedo, lo que los hace sentir seguros y no temen a ningún señor de las regiones vecinas, ya que no se puede entrar sino por senderos estrechos. A menudo, en épocas pasadas, algunos reyes de Senegal lucharon contra ellos para someterlos, pero siempre fueron repelidos por estos dos pueblos, bien por las flechas envenenadas que usan, bien por la dureza misma del país». <sup>62</sup>

<sup>61</sup> *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. « De los barbacini y de los negros serer, ...».

<sup>62</sup> *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. « De los barbacini y de los negros serer, ...».

Aunque no se tratase de los emperadores del interior, sus poderes y ceremonial interesaron a los viajeros europeos. Contamos al respecto con dos descripciones especialmente ricas, la de Zucholin, rey de Senegal, y la de Budomel, uno de los reyes jalofes. Del primero se señala que era elegido de entre los nobles por los señores y que, por tanto, su poder solía ser inestable.<sup>63</sup> Su autoridad distaba mucho de la de los monarcas europeos por la pobreza e insignificancia de su reino. Además carecía de entradas regulares, por lo que dependía de los obsequios de los grandes del reino, de lo producido por sus esclavos (cultivando sus tierras o pillando en las de otros) y de la venta de estos. Su modo de vida era itinerante, pues se trasladaba entre las tierras entregadas a sus mujeres, que eran las encargadas de alimentarlo.

El poder de Budomel tenía idénticas bases económicas,<sup>64</sup> pero superaba al de Zucholin en ceremonial y séquito, lo que lo dignificaba a ojos de los europeos.<sup>65</sup> Sólo se dejaba ver en determinados momentos del día y quienes venían a su presencia se postraban de rodillas. En esta posición y desnudos, salvo el calzón de cuero, se arrojaban arena por encima. Luego reptando se acercaban a dos pasos y exponían su solicitud, al tiempo que seguían arrojándose arena. Budomel les escuchaba de forma displicente y les respondía con dos palabras, acrecentando de esta forma el miedo y la reverencia de sus súbditos.

#### 4. CONCLUSIONES

El análisis precedente modela el concepto de frontera marítima en su doble componente material y mental. El primero se relaciona con la noción de exilio, al encontrarse los viajeros lejos del terruño y sometidos a duras condiciones ambientales y carentes de la ayuda de sus coterráneos. El segundo les enfrenta a formas «degradadas de humanidad», susceptibles de asimilación o rechazo, de acuerdo con la proximidad o lejanía de su paradigma cultural. Tales condiciones no se mantuvieron incólumes. En el primer caso, cambiaron por el avance en el conocimiento del medio y el aumento de los viajes y asentamientos. En el segundo, por el incremento de las relaciones, que propiciaron procesos de fusión cultural más o menos profundos.

#### 5. BIBLIOGRAFÍA

AZNAR VALLEJO, E. (1990): *Información sobre cuyo es el derecho de Lanzarote y conquista de las Canarias (Pesquisa de Cabitos)*, Las Palmas de Gran Canaria.

AZNAR VALLEJO, E. et alii. (2007): *Le Canarien. Retrato de dos mundos, I. Textos*, San Cristóbal de La Laguna.

<sup>63</sup> *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Cómo se elige al rey de Senegal y cómo permanece en su estado, de sus costumbres y sus mujeres».

<sup>64</sup> *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «De la casa del señor Budomel y de sus mujeres».

<sup>65</sup> *De las navegaciones del señor Alwise Ca da Mosto*, cap. «Del ceremonial que emplea Budomel para conceder audiencia y de su modo de orar».

- AZNAR VALLEJO, E.; PICO GRAÑA, B. (2000): *Viaje de Eustache de la Fosse (1479-1481)*, Cabildo Insular de Tenerife, Santa Cruz de Tenerife.
- BEAUJOUAN, G. (1962): *Manuscrits scientifiques médiévaux de l'Université de Salamanqueet de ses «Colegios mayores»*, Burdeos.
- BRASIO, A. (1958): *Monumenta Missionaria Africana. Africa Occidental (1342-1499)*, Agencia Geral do Ultramar, Lisboa.
- CARTAGENA, A. DE (1994): *Allegationes super conquista Insularum Canariae contra portugalenses* (ed. de T. GONZÁLEZ ROLÁN et alii, bajo el título *Diplomacia y Humanismo en el siglo xv*), Madrid.
- De la Roncière, C. (1925): *La decouverte de l'Afrique au Moyen Âge. Cartographes et explorateurs*, El Cairo.
- EANNES DE ZURARA, G. (2012): *La Crónica de Guinea: Un modelo de etnografía comparada*, ed. de E. AZNAR, D. CORBELLA y A. TEJERA, Bellaterra, Barcelona.
- Fernandes, V. (1940): *O manuscrito Valentim Fernandes*, ed. de A. Baiao, Lisboa.
- LAS CASAS, B. DE (1986): *Historia de las Indias* (ed. André Saint-Lu), Caracas.
- LEÓN AFRICANO, J. (2004): *Descripción general del África y de las cosas peregrinas que allí hay*, ed. De S. FANJUL con la colaboración de N. CONSOLANI, Granada.
- LISKE, J. (1996): *Viajes de extranjeros por España y Portugal en los siglos xv, xvi y xvii*, Madrid.
- LÓPEZ-CANETE QUILES, D. (1992): *Diogo Gomes de Sintra, el Descubrimiento de Guinea y de las Islas Occidentales*, Sevilla
- MAUNY, R. (1961): *Tableau géographique de l'Ouest Africain au Moyen Âge. D'après les sources écrites, la tradition et l'archéologie*, Dakar.
- MORALES PADRÓN, F. (1993): *Canarias: Crónicas de su conquista*. Las Palmas de Gran Canaria.
- MÜNZER, H. (1958): *Do descobrimento da Guiné pelo infante D. Henrique*, en A. Brasio, *Monumenta missionaria africana. África Occidental (1342-1199)*, Lisboa.
- PELOSO, S. (1988): «La spedizione alle Canarie del 1341 nei rescinti de Giovanni Boccaccio, Domenico Silvestri e Domenico Bandini», en *VI Coloquio de Historia Canario-Americana (1984)*, tomo II, Las Palmas de Gran Canaria.
- PEREIRA, D. P. (1991): *Esmeraldo de Situ Orbis*, ed. J. BARRADAS DE CARVALHO, Lisboa.
- PERES, D.; FRANCO MACHADO, J. (1988): *Viagens de Luis de Cadamosto e de Pedro de Sintra*, Academia Portuguesa da História, Lisboa.
- RANDLES, W. G. L. (1989): «La representation de l'Atlantique dans la conscience européenne au Moyen Âge et à la Renaissance », *Islehma* 4 : 5-16.
- SINTRA, D. G. DE (2002): *Descobrimiento Primeiro da Guiné*, ed. de AIRES A. NASCIMENTO, Lisboa, I, nº1
- VERRIER, F. (1994): *Voyages en Afrique Noire. D'Alvise Ca'da Mosto (1455 et 1456)*, Chandeigne-Unesco, Paris.